



HERMANO STREAKER

Si yo fuera una muchacha de 17 años, mi protesta sería la de vestirme de pies a cabeza. El día que las hermanas cubran su naturaleza con una chilaba cilíndrica, y saquen apenas su cabecita cubierta con un capuchón, para mostrar su desagrado por la ciudad circundante, esto se habrá hecho definitivamente insoportable. No habiendo sido dotado por la naturaleza de ninguna especie de atractivo, pienso ahora correr desnudo frente al despacho del director de esta revista para oponerme a sus ukases. Me sumo a los streakers. A su pálido sprint, en hermanas pelotas, sembrando el terror de la vieja dama que tapa sus ojos con dedos entreabiertos, escoltado por los gritos, amenazado por los paraguas.

El hermano streaker se multiplica. El hermano streaker está obteniendo ya sus metáforas, y los escritores considerados como serios lo comparan a ex ministros, a memorialistas, a expedientes. Una sociedad se está haciendo cínica velozmente. El desnudista callejero se lo recuerda. La refleja.

Su carrera es utilitaria: la porra del hermano guardia, que en todo tiempo y lugar ha sido siempre un personaje muy sensible al impudor, le persigue. Y aun siendo utilitaria, le da algo de artístico. Como si una estatua del museo se hubiese escapado, salvando las adiposidades en la comparación; como si una Venus —más brazos, más celulitis— huiese del guardián del museo. Flecha disparada por el arco tenso de la calle, el streaker es un visto y no visto, un hombre del juicio final, un adán buscando velozmente el paraíso perdido.

Quizá llegue el día del desnudismo, que profetizan desde hace tiempo las crónicas, y que empezó a iniciarse con los «topless» y la minifalda, que tiene su templo principal en las playas. Espero con ilusión ese día. Será cuando yo me vista como un caballero de Ops y corra velozmente por entre los hermanos desnudos, perseguido por la porra desnuda del guardia desnudo.

Y todo volverá a empezar otra vez.

HERMANO FRANCISCO

VICENT

STREAKS



Si un día de éstos ve usted a un señor en pelotas corriendo por la calle no piense que se trata de un loco, de un exhibicionista o de un adúltero sorprendido in fraganti por un marido cabreado. Se trata simplemente de un streakman en acto de servicio que está cumpliendo una misión sociológica. Si un día de éstos ve usted a una señorita corriendo en cueros vivos por la calle tampoco piense que se trata de una furcia perseguida por la autoridad o por el chulo defraudado por una mala recaudación. Esta señorita desnuda a pleno sol en una calle concurrida de ciudadanos vestidos de gris está en la cresta de la última moda que se va a llevar esta primavera.

Los sociólogos explican que el streaking supone una actitud de protesta, de liberación de trabas, de reacción frente a las represiones psicológicas y mora-

les, de vuelta a la naturaleza, de descarado desafío a los modales de la burguesía. Todo eso está muy bien y me lo creo. Yo sólo tengo que añadir que se trata de una moda y una actitud

para jugar al golf. Es una moda que puede practicarse en los países pobres y por las clases más modestas. Se despoja uno en un portal de los calzoncillos o de las bragas, según sea, y se echa a correr por la calle Hortaleza y ya está.

A mí me parece muy bien que la juventud se ponga en cueros y alegre con esas ráfagas luminosas y esotéricas nuestras calles llenas de ciudadanos cetrinos. Pero con la sola condición de que no se haga una vez más el ridículo. Nada de medias tintas, de braslip ocean, de paños menores, de camisón corto o de braguita tonta. Una de dos: aquí se hace el streak como mandan las ordenanzas, con zapatillas y en pelota brava para protestar del hábito moral y económico del burgués con corbata o se queda uno vestido de gris sin protestar nada.

muy baratas. No se necesita ser ejecutivo como para jugar al tenis; ni se requiere canoa con equipo para practicar el esquí acuático; ni hay necesidad de ser financiero cardíaco como

SPANISH STREAKING

